

monio civil del Emperador en San Cloud, los príncipes de España dieron en Valencey una fiesta brillante precedida de un *Te Deum* solemne, y seguida de un banquete. Fernando echó un brindis: *A nuestros augustos soberanos Napoleon el grande y Maria Luisa su augusta esposa.* Pero la fiesta se halló turbada un momento por el arresto del baron de Kolli, Irlandes, que se presentó al príncipe de Asturias con dos cartas del rey de Inglaterra, con fecha del 31 de enero, refrendadas por lord Wellesley, y relativas al plan de sacar á los príncipes de Valencey. Fernando denunció inmediatamente este agente al gefe de escuadron Berthemy gobernador de Valencey, y le dijo: « Los Ingleses han hecho mucho daño á » la nacion española, y se valen de mi nombre » para derramar sangre. El ministerio ingles » está engañado con la falsa idea que me hallo » aquí detenido por la fuerza, y me hace pro- » poner medios de escaparme.» De resultas de esta noble y valiente denunciacion, el baron de Kolli salió para Paris, donde fue entregado al ministro de la policia con todos los documentos. Fernando, para dar al Emperador la prueba de que estaba enteramente ageno de

esta conspiracion, escribió al comandante Berthemy: « He querido haceros conocer yo mismo » que estoy enterado de este negocio, y mani- » festar de nuevo en esta ocasion mis senti- » mientos de inviolable fidelidad para el em- » perador Napoleon, así como el horror que » me inspira este proyecto infernal, deseando » que sus autores y cómplices reciban el cas- » tigo que merecen. » Dos dias antes el príncipe habia escrito al mismo comandante: « Mi » primer deseo es verme hijo adoptivo de su » magestad el Emperador nuestro agosto so- » berano; me contemplo digno de esta adop- » cion, que haria verdaderamente la felicidad » de mi vida, por mi amor y mi entera adhe- » sion á su persona sagrada, así como por mi » sumision y mi obediencia á sus intencio- » nes y á sus órdenes. » Acababa su carta pidiendo que se le permitiese salir de Valencey. Por su lado, el baron de Kolli declaró al ministro que tenia doscientos mil francos y un crédito abierto, y que cuatro buques de guerra estaban á su disposicion sobre las costas de Quiberon.

El 17 de abril, el Emperador y la Emperatriz salieron de Compiègne para ir á visitar el

canal de San Quintin, Cambray y Bruselas. El rey y la reina de Westfalia y el príncipe virey acompañaban á Napoleon. En Amberes, el Emperador vió lanzar el mas fuerte navío que se hubiese construido en el Escalda; llevaba 80 cañones. El arzobispo de Malinas á la cabeza de su clero le dió la bendicion. El rey de Holanda vino á Amberes y el Emperador recorrió las ciudades principales de la Bélgica, de la Zelanda y la isla de Walcheren. Este viage tenia por objeto reconocer los puntos atacados por la expedicion británica, y visitar los países cedidos por el rey de Holanda; pero el viage del Emperador debia producir otros resultados.

En cada ciudad el enlace de Napoleon con Maria Luisa fue celebrado con fiestas magníficas, y en todas las partes los gritos de paz se confundieron con las bendiciones de los pueblos. En la visita que hizo Napoleon á las costas septentrionales de su imperio, advirtió con satisfaccion las nuevas conquistas del bloqueo continental, al que la Suecia habia adherido el 6 de enero, recibiendo en premio de su sumision la restitution de la Pomerania. Desde aquella época las bases de todos los tratados

no fueron otras que la adhesion á este sistema. La guerra con los Ingleses, desde el año de 1810, consistió unicamente en una guerra de muerte contra su comercio, la sola que la Francia pudiese emprender, teniendo por aliados en el continente á unos pueblos cuyos intereses del momento se hallaban sacrificados. La alianza de Napoleon era una tiranía positiva pero necesaria. La terrible razon de estado pesaba con todo su peso sobre el continente y no podia aflojar sin romperse. Napoleon continuó su viage dejando en todas partes señales de su paso por sus disposiciones administrativas, sus creaciones marítimas y por las recompensas que repartió á todos los que eran acreedores á ellas por sus servicios ó sus talentos. Al paso que recompensaba á los que tenia á la vista, no se olvidaba de sus valientes que peleaban para sostener la gloria del nombre frances en España y en Portugal. Durante su viage, les envió un gran número de cruces de honor, y señaló un dote para casar en las principales ciudades del imperio á una porcion de soldados. Mandó colocar en el puente de la Concordia las estátuas de los generales Saint-Hilaire, Espagne, Lassalle, La-

Pisse, Cervoni, Collet, Lacour, muertos en el campo de honor. Otros intereses le ocupaban durante aquel viage, y acaso durante su estancia en Amberes, Napoleon descubrió algun recuerdo de las inquietudes que le causó en Viena la dictadura militar del duque de Otranto, cuando este ministro creó, para defender al Brabante holandés, un ejército que fue confiado á Bernadotte. Se puede inferir esta opinion de una carta inserta en el *Monitor*, luego que el Emperador estuvo de vuelta en San Cloud, en la cual Napoleon agradecido, segun decia, á los servicios de Fouché le nombraba gobernador general de Roma, encargando el ministerio al duque de Rovigo. Napoleon escribia á Fouché: «Esperamos » que continuareis en este nuevo puesto, dándonos pruebas de vuestro celo para nuestro » servicio y de vuestra adhesion á nuestra persona... » Y Fouché contestó: «No puedo » disimular que experimento mucho sentimiento al separarme de V. M. Pierdo al mismo tiempo la felicidad y las luces que sacaba diariamente de vuestra conversacion.»

El público, que, en Paris sobre todo, está siempre mas ó menos en los secretos, se com-

plació mucho en la publicacion de esta correspondencia. En cualquiera otro país, ó por mejor decir con cualquiera otro soberano, la despedida de un hombre de tanta consideracion como parecia serlo el duque de Otranto, hubiera sido una verdadera revolucion de gabinete; pero como Napoleon componia él solo todo el gobierno, no existian obligaciones solidarias entre sus ministros; no tenian sino una responsabilidad individual, con respecto al soberano, y eran unos meros secretarios de Estado; así es que, durante todo su reinado, nunca se conoció lo que se llama influjo ministerial. La única sensacion que produjo la separacion de Fouché, fue una nueva prueba que nadie gozaba en el imperio de la inamovilidad; lo que habia podido notarse ya, cuando el príncipe de Benevento, ministro desde el 18 brumaire, y uno de los principales autores de aquella jornada, fue separado del ministerio de relaciones exteriores. Pero la desgracia de Fouché dió un gefe mas á los descontentos, sin embargo de que comprimió muchas intréguas y alcanzó particularmente á las que Napoleon habia descubierto el año anterior en Bayona, á las que se fraguaron en la tienda de

Bernadotte en Wagram continuadas por este mariscal en Paris, y que le habian promovido al mando del ejército del Norte.

El tratado del 16 de marzo hacia perder al rey de Holanda algunas de sus provincias marítimas. Napoleon se habia convencido en el pais mismo, que los Holandeses eran los aliados secretos y necesarios de la Gran-Bretaña, y una consecuencia natural de este descubrimiento habia sido inspirarle sospechas de su hermano, que por su parte estaba muy lejos de contemplarse seguro en su trono, de manera que, á pesar de los lazos de familia, el rey de Holanda, que no podia prescindir de los intereses de sus súbditos sacrificados por el sistema continental, se hallaba en una situacion casi hostil con respecto á la Francia. Napoleon, viendo comprometida la ejecucion de sus planes, discurrió que seria mas ventajoso para la Holanda ser reunida á un pais de cuarenta millones de habitantes, que no de conservar una independencia bajo el yugo inevitable del sistema continental. Sin embargo, esta rigorosa cuestion podia estar subordinada á dos acontecimientos de alta importancia; es decir la paz marítima ó una mudanza

notable en los principios de bloqueo y en las resoluciones del consejo británico, pues el sistema continental, necesidad terrible para Napoleon y sus aliados, les habia sido impuesto como la mas justa y la mas fuerte represalia contra esta guerra de exterminio jurada por el gabinete de San James en la órden tiránica del 11 de noviembre, que decia así:

« Todos los puertos de la Francia y de sus
 » aliados y de todos los paises en donde se ex-
 » cluye al pabellon británico, quedarán some-
 » tidos á las mismas interdicciones marítimas
 » que si se hallasen rigurosamente bloqueados
 » por las fuerzas navales británicas. Todo co-
 » mercio de objetos expresados en esta ór-
 » den queda declarado ilegal, y todo navío
 » que salga de estos paises ó que se dirija á
 » ellos será apresado legitimamente. Los bu-
 » ques de las potencias neutrales y asimismo
 » los de las aliadas de la Inglaterra quedarán
 » sujetos, no solo á la visita de los cruceros
 » ingleses, sino tambien á una estacion forzosa
 » en uno de los puertos de la Inglaterra, y á
 » una contribucion sobre su cargamento que
 » se arreglará conforme á la legislacion in-

» glesa. » Tal era la ley británica. La Holanda conocia desde mucho tiempo esta ley insolente y sus violentas aplicaciones. En 1780, en el mes de abril, la corte de Londres, con el fin de castigar á las provincias unidas por su adhesión á la neutralidad armada publicada bajo los auspicios de Catalina II, habia hecho sentenciar por sus almirantazgos un gran número de navíos holandeses, conforme al principio que tuvo la osadia de proclamar, *que los puertos franceses, en razon de su posicion siendo naturalmente bloqueados por la Inglaterra, no era lícito navegar en sus inmediaciones.* El reino de Holanda se hallaba, por decirlo así, apretado entre los dos pabellones, y no podia comerciar sino con aquel á quien tenia que rechazar por fuerza. Su soberano, mas adicto á sus deberes de rey que no á sus obligaciones como príncipe frances, no habia titubeado en preferir el bienestar de sus pueblos á la política de la Francia, y habia procurado, en cuanto habia podido, hacer soportable el rigor de la ley comun. Habia tenido muchas reconvenciones sobre el particular de parte del gobierno frances, y la reunion reciente de los departamentos de las bocas del

Rhin y de las bocas del Escalda anunciaba con bastante energía á Luis la suerte que aguardaba á sus demas Estados, si no consentia en encerrarlos en el círculo señalado alrededor del litoral de la Europa. Ninguna consideracion podia ser bastante fuerte para que Napoleon se apartase de su sistema, una sola excepcion abria la puerta á la destruccion entera del plan que se habia propuesto.

Pero Luis se acordó demasiado tarde que no era rey de Holanda sino por la gracia de la Francia, y que su autoridad se limitaba al papel de administrador responsable de uno de los feudos del imperio. Se hacia cargo únicamente de las necesidades actuales del comercio, sin entrar en la gran cuestion de la suerte futura de los Holandeses, y por consiguiente todo su afan era la paz marítima ó cuando menos la modificacion de la orden de 11 de noviembre. Sin embargo, el pueblo holandés, que calcula con tanto acierto, manifestó que era de dictámen que sus relaciones con treinta millones de individuos eran preferibles al estado de nacion privada de su comercio con la Inglaterra. En consecuencia, Napoleon autorizó á su hermano, en Paris, para entablar

una negociacion con el marques de Wellesley. Los ministros de Luis eligieron acertadamente para este encargo á M. Labouchere rico comerciante; pero el ministro ingles se negó á corresponder con él. Entonces Napoleon ejecutó el proyecto que tenia reservado, y mandó al mariscal Oudinot entrar en el reino de Holanda á la cabeza de veinte mil hombres para hacer guardar el bloquo continental. Tal fue el último aviso dado al rey, que abdicó el 3 de julio á favor de su hijo. Napoleon no quiso admitir la abdicacion, y por un decreto expedido el 9 de julio reunió la Holanda al imperio. Napoleon empezaba á desinteresarse de las coronas de sus hermanos que habian tenido demasiado lugar en el sistema de su grandeza, y que no conservaban ninguno en su política. La España y la Holanda estaban desde entonces miradas por él como parte de las compensaciones para la paz general. Luego despues de haber abdicado, el rey Luis salió secretamente de Holanda y tomó el camino de Tœplitz. El 22 de julio, el *Monitor* publicó la alocucion siguiente de Napoleon al gran duque de Berg á quien el rey Luis habia nombrado por su sucesor: « Venid acá

» hijo mio; yo seré vuestro padre y no per-
 » dereis nada en ello. La conducta de vues-
 » tro padre affige mi corazon y su enferme-
 » dad sola puede explicarla. Cuando tendreis
 » mas edad pagareis su deuda y la vuestra. No
 » olvideis jamás, en cualquiera posicion en
 » que os coloquen mi política y el interes de
 » mi imperio, *que vuestras primeras obliga-*
 » *ciones son para conmigo, las segundas para*
 » *con la Francia; todas las demas, aun las re-*
 » *lativas á los pueblos que podré confiar á*
 » *vuestro cuidado, vienen despues.* » La publi-
 cidad que recibió esta declaracion significaba
 mas que la misma declaracion. Se parecia al
 artículo inserto en el *Monitor* en 1809, rela-
 tiva á la contestacion de la Emperatriz á una
 diputacion del cuerpo legislativo. En pocas
 palabras se acusaba á Luis y se justificaba su
 abdicacion, pero la proclamacion de seme-
 jante doctrina en un diario de oficio daba
 mucha ventaja á los enemigos de Napoleon.
 En cuanto á la reunion de la Holanda, aun-
 que presentase la forma de una violencia he-
 cha al soberano y al pais, es preciso repetir que,
 así como la ocupacion de Portugal y la agre-
 gacion al imperio de las provincias litorales

del Norte y del Báltico, no eran sino unas meras compensaciones puestas en reserva para la paz general. Napoleon acababa de marcar las fronteras legítimas de la Francia con la incorporacion de las bocas del Escalda y de las bocas del Rhin. Esta preciosa conquista completaba en el Norte su sistema marítimo y su sistema definitivo. Jamás se vieron tiempos políticos mas difíciles y mas duros. Se hacia una guerra á muerte. La invasion de una parte del continente y la usurpacion de un trono de familia habian venido á ser los únicos instrumentos de la paz.

Mientras pasaban estas cosas en Holanda, sucedió en Suecia un acontecimiento que, en un principio, apenas llamó la atencion de la Europa, pero que habia de producir unos resultados de la mayor importancia. El rey Cárlos XIII, viejo y sin hijos, habia adoptado al príncipe Cárlos de Holstein-Augustembourg de la rama menor de su casa y de la de Dinamarca. El 10 de enero, el nuevo príncipe habia prestado su juramento de fidelidad; pero el 29 de mayo siguiente, en una maniobra de caballería, cayó del caballo y murió casi de repente. Corrió la voz de que habia sido en-

venenado, y se acriminó el delito al gran mariscal del reino, conde de Fersen, siempre adicto al rey Gustavo. El 21 de junio, en medio de las ceremonias de los funerales del príncipe, el conde de Fersen, que, en calidad de gefe de la casa real, iba á la cabeza de la comitiva, se vió acometido á pedradas por el populacho, y, á pesar de sus esfuerzos, no pudo salvarse y fue asesinado atrocemente. Este conde de Fersen era el último coronel del regimiento real-sueco al servicio de la Francia, y que, en los principios de la revolucion francesa, hizo cuanto pudo para proporcionar la huida al rey de Francia y á la familia real, continuando, aunque expuesto á los mayores peligros, á buscar los medios de salvar á Luis XVI y á la reina su esposa encerrados en el Temple. El conde de Fersen estaba destinado á perecer víctima del furor popular. La acusacion de envenenamiento que se cargó tambien á la condesa Piper, hermana de Fersen, nunca tuvo el menor fundamento. Entretanto, la edad avanzada del rey y el interes de la Suecia exigian que se eligiese cuanto antes á otro príncipe real. La gratitud de tres oficiales suecos para con un general frances